

Del Guernica a Guernica

Una mujer morena está con su cámara moviéndose ante un panel donde un hombre de cuerpo menudo va realizando trazos. Fotografía su rostro iluminado por su quehacer apasionado, sus ojos ardiendo de concentración y rabia. Se agacha para fotografiarlo en lo alto de la escalera en una posición heroica, de suerte que por encima del travesaño sólo asoman su cabeza y el pincel; o bien sube ella a la escala para fotografiarlo en picado, con un pincel en la mano derecha y un cigarrillo en la izquierda. O se sitúa de pie en la entrada y lo coge agachado desde debajo de las altas ventanas: la luz que entra por los cristales ilumina su camisa mientras que el resto queda sumido en la penumbra.

Era la fotógrafa Dora Maar captando imágenes de un artista, Picasso, en la creación de su obra el Guernica. Es una mirada que se cuele por una cerradura para mostrarnos un proceso creativo, que a su vez nos enseña el deslumbramiento terrible de la guerra.

Guernica, como Hiroshima y Nagasaki, Auschwitz, como demasiados otros, es uno de esos nombres, lugares que han formado el tejido del horror y lo que es peor, de un terror alcanzado por la "modernidad". Porque son muestra del ejercicio de la guerra en el pasado siglo y que parece va a seguir produciéndose: la eliminación física del enemigo utilizando a la población civil, introduciendo la destrucción total para demostrar el poder que se posee. La villa de Guernica fue uno de esos escenarios. Porque aún habiendo un conflicto bélico la vida seguía existiendo; había mercado, funcionaba el obrador, se hacían arreglos en algunas calles, las gentes se reunían, comían y hacían tratos en la Taberna Vasca... hasta que las bombas se adueñaron de aquella vida. Y no fue casual, sino perfectamente planificado.

Las fotografías de Dora Maar son parte del Guernica, entre otras cosas porque la obra se acerca mucho al arte fotográfico; su bombilla sugiere el flash de una cámara que lo iluminará todo, para mostrar tanto la lucidez, como el fuego de la destrucción. Porque este cuadro encargado por el gobierno republicano, posee el sabor de la pasión. En él se mezclan la pasión política, la preocupación y rechazó por el ascenso del fascismo, con la intimidad de los amantes. Confluyen así dos tempestades, dos fuerzas telúricas de las que va brotando una geografía salvaje, dotada de una lacerante belleza.

es un viento impetuoso que corre de izquierda a derecha arrastrando las figuras del cuadro. Una mujer, atrapada en una estructura en llamas levanta angustiosamente los brazos al aire. Un caballo atravesado por una lanza descarga un grito de muerte. Por encima aparece la luz de una bombilla y la mano de una mujer que sostiene una lámpara. Podría simbolizar la luz de la razón, pero por su inutilidad, nos muestran el absurdo y lo terrible que pueden llegar a tener determinadas formas de progreso. Debajo se esparcen



Pedro Antonio Curto

<http://pedroantoniocurto.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto

En el París ocupado por los nazis, Abetz, el embajador alemán visitó a Picasso en su estudio con la idea de hacerse el simpático, miró una fotografía que reproducía el Guernica y con una cortés sonrisa, preguntó: "¿Es obra suya Monsieur Picasso?", a lo que el repuso: "No, suya".



por el suelo fragmentos de un hombre que sostiene en su mano una espada y una flor, epílogo de la visión victoriosa del caballo cabalgando por encima de un muerto, tan típica del arte occidental. La impasibilidad del toro con su inquietante mirada revela la ambivalencia de una figura tratada siempre como agresor que ahora tiene también connotaciones de víctima.

Porque como dijo George Bataille en un comentario al libro de Sartre *La cuestión judía*, señalando lo que muchos han sido incapaces de ver: "Como usted y como yo, los responsables de Auschwitz tenían nariz, una boca, una voz, una razón humana, podían unirse, tener hijos: como las pirámides o la Acrópolis, Auschwitz es el hecho, el signo del hombre. La imagen del hombre es inseparable, en adelante, de una cámara de gas..." Y Guernica es una de esas partes, de una forma de civilización, hecha por gentes, que como algunos militares argentinos, eran capaces de amar después de haber torturado.

Finalmente el cuadro muestra el convulso gesto desesperado de la mujer en el suelo con un niño -el futuro- muerto en sus brazos, mostrando sus dientes en un inútil e impotente grito. Parece como si Picasso hubiera convocado aquí a todos sus fantasmas para pasar revista, una última revista, al infierno actualizado. Imagen postrera y panorámica final del horror real. Lo que grita no tiene género, se halla en el fondo mismo de los miedos que padecemos los hombres y mujeres del mundo moderno.

Picasso evita cualquier referencia específica al lugar de la tragedia, al agresor, al tras-

fondo político en el que se desarrolla o a los modernos métodos de guerra. Al mostrarnos a las inocentes víctimas de cualquier guerra, apuntala su dolor sobre los sufrimientos de los no combatientes. Así el mural se convierte en la alegoría antibelicista por excelencia. Si el holocausto tiene la imagen de los cuerpos esqueléticos amontonados, Hiroshima y Nagasaki dibujan con una gran nube y paisajes negros la barbarie atómica, los esqueletos en las estanterías de la matanza de Pol Pot son un signo del genocidio, Guernica ha quedado grabada para la historia como una planificada forma de destrucción bélica masiva.

Cuentan que en una ocasión, en el París ocupado por los nazis, Abetz, el embajador alemán visitó a Picasso en su estudio con la idea de hacerse el simpático, miró una fotografía que reproducía el Guernica y con una cortés sonrisa, preguntó: "¿Es obra suya Monsieur Picasso?", a lo que el repuso: "No, suya".

Picasso nunca explicó el simbolismo del Guernica, como toda gran obra de arte, la dejó libre, para que cada cual pudiera introducirse en ese universo y sentirlo, hacerlo suyo desde su propia interpretación. Nos invita a vivir un instante trágico, el bombardeo, partiendo de lo abstracto para sentir en la piel los testimonios que dejaron los sobrevivientes de la tragedia. Ese es el milagro del arte y lo terrible de la realidad.

Picasso pintó a Dora Maar como la mujer llorando, con facciones dolorosas y atormentadas. Son sus rasgos los de la mujer que sostiene la lámpara, la lucidez y la inteligencia, que poseía está intelectual, la única de sus amantes que pudo situarse en ese plano, al mismo nivel que el pintor. Pero como sus relaciones con las mujeres, estuvo tan cargada de fuerza, como de machismo y egocentrismo. Al igual que otros artistas, Pablo Ruiz Picasso fue un ser paradójico y contradictorio, lo que es también en este caso, una parte de su obra.

Pero el Guernica de Guernica tendrá siempre esa fuerza, la de un viaje simbólico a un escenario que es necesario sea parte de la memoria colectiva, para vivir, sentir y saber, lo que los diferentes tipos de fascismo pueden llevar a cabo.

Los viajes de Eros, de Pedro Antonio Curto, erotismo de calidad en Ediciones IRREVERENTES

